

Si hubiese disparado no habría yo tenido el gusto de conocer ni á usted ni á este *gentleman* el día de hoy. . . .”

Mira nuevamente del lado de Bazarow. Siente que sus músculos se contraen bajo el paño de su sobretodo. Le hace cosquillas ver tan cerca su presa y no poder saltar sobre ella. Sus ojillos lanzan dardos de una pésima luz. Por el momento su oficio tan lleno de excitaciones, consiste en proteger á este enemigo sobre quien tiene tantos deseos de saltar. Vuelto á ser dueño de sí mismo, se chancea y le ofrece un cigarro.

Platicando unos con otros entramos al centro del cuartel que los Neo-Yorquinos llaman la Bowery, nombre que viene de una palabra holandesa que significa heredad. La calle en que entramos podría muy bien encerrar sus sórdidas casas en un arrabal de Roma ó de Nápoles. Pues está poblada solo de italianos. Después de haber andado un rato entre esas casuchas, en las que todas las muestras, todos los letreros y todos los anuncios están en italiano, entramos en una primera casa. Se compone de dos cuartos en el piso bajo tan estrechos como camarotes de buque.

Trabajan allí hombres y mujeres, son en número de ocho y están acurrucados en un aire fétido que hace más asfixiante aun un brasero de palastro; pero, cuánta porquería! Ni uno solo de ellos habla inglés. Les preguntó en su lengua y me dicen que son de Catangaro, en la Calabria. Hace poco más ó menos cuatro años que visitaba yo esa hermosa ciudad, tan alta, que de ella se divisa la mar y á la que se llega trepando cuevas plantadas de cactus. Por qué no se quedaron allá pastoreando sus ganados y comiendo los frutos silvestres que brotan en los bordes

de los verdes nopales espinosos? La esperanza invencible les ha traído aquí, á este cubil por el que pagan ocho *dollars* al mes,—el precio por un año de un local en su país!—En vez de tener detrás de su ventana la silvestre montaña violeta, los profundos y verdosos barrancos, y la mar libre y azul, abren sus puertas, cuando quieren renovar el aire, sobre un patio frío y fétido como un albañal, en el que llueven los microbios que inficionan toda la ropa de los vecinos que está tendida en cuerdas.

Y será así, indefinidamente á lo largo de esta calle y de otras muchas? Visitamos una segunda casa donde vive una segunda familia, compuesta de nueve personas. Estos vienen de Caserta. Las mujeres y los niños tiemblan de frío entre sus harapos, á pesar del brasero encendido siempre al rojo-blanco. Con sus caras meridionales, doradas por lo ardiente del sol natal, casi verdosas, en las que se destacan pupilas de un negro ardiente, estos desterrados causan lástima. A dos pasos y al aire libre, si esta niebla de cueva acre y pestilente puede llamarse aire, mujeres envueltas en espesos chales y que son de los Abruzos, arman formas de sombreros. Flacas y gastadas ya, á pesar de sus veinte años, sonrien con sonrisa de hambre y de frío, frío sobre todo, frío hasta los huesos, frío hasta la sangre y maldicen *questa brutissima terra*—esta tierra de horror.

Aquí se adivina la empresa de emigración, el éxodo por ciudades enteras, el viaje de Nápoles á Gibraltar, después de Gibraltar hasta aquí, con rebaja en la cala ó sobre el puente, según las estaciones, á bordo de uno de esos vastos paquebots cuya representación colorida se ostenta en las ventanas de las tabernas de la calle.—El anuncio de la compañía que es alemana, resplandece arriba. En otra muestra de



otra taberna se dibuja la cruz de Saboya. En este encuentro existe un simbolismo. ¿No es obra de la Triple Alianza y de la locura militar la fuga de estos desgraciados lejos de su admirable patria, convertida en paupérrima? Aun en medio de estas dos miserias, el *agio* no les deja.—Esta inscripción pasaderamente irónica: *Banco Popolare*. . . .—Banco Popular—aparece al volver una esquina. Hay extendidos detrás de una vidriera billetes de cien y de cincuenta liras, dando tentación á las manos. Nuestros compañeros se detienen:

—“¿No creen ustedes,” dijo enfáticamente el socialista, “que sería mejor dar todo este dinero á los desgraciados que acabamos de ver? . . . ¿Y si á pesar de todo ellos lo tomasen? . . .”

—“No lo harán” dijo filosóficamente el policía; “aquí el crimen habitual no es el robo. Es la cuchillada y también la prostitución. Venden sus mujeres á los chinos, que están allí en el cuartel contiguo. La ley no permite á las mujeres amarillas en Estados Unidos. . . .” Pero John es el sobrenombre americano de los hijos del Celeste Imperio. John gusta mucho de las mujeres blancas y se las paga lo mejor que puede con el dinero que gana ó que roba. Pues su crimen propio es el robo, como el de los Irlandeses la embriaguez. . . . “Además, dijo, aquí está su calle. . . .”

En efecto, el anuncio en italiano ha cedido su lugar al ilegible aviso en caracteres del Extremo Oriente, y sobre la angosta banqueta, convertida en limpiá, oigo sonar las espesas suelas de madera de los amarillos. Bajitos y delgados, con la cara terrosa bajo el redondo sombrero, con la trenza de cabellos negros enredada por debajo de un pescuezo tosco, grasoso, van y vienen silenciosamente. Su espalda

no tiene forma visible bajo la blusa azul de mangas flotantes. Sus piés delgados lo son más aún bajo la ondulación de los anchos pantalones. Estas especies de enanos de facciones delicadas, con ojos embridados, tan negros sobre un tinte tan cobrizo, con pómulos salientes, con la osamenta triangular de su máscara y con la nariz roma, causan la impresión de una invasión de bestias que van á esparcirse en la ciudad para ganar, ganarla y destruirlo todo. Hay algo de la serpiente en esas caras planas y un aspecto enigmático de sufridos en sus miradas que parecen no recibir nada del mundo exterior.

Después que dejamos la calle italiana parece que Bazarow se ha tornado tan impasible como estos extraños paseantes. El revolucionario no puede sino odiarlos, pues son enemigo más peligrosos para el socialismo que los más feroces capitalistas—puesto que trabajan por casi nada, con trabajo igual, nunca desanimados, jamás cansados, y que ejecutan tareas de quince horas. Con ellos la mano de obra se envilece y es preciso protegerlos sin cesar contra el furor de sus competidores de raza blanca á quienes arruinarían en pocos años si se les dejase libres. A medida que el agitador se pone más sombrío, el *detective* adquiere mayor jovialidad. Encuentra que estas gentes son muy divertidas—*great fun*.—Entra á todas las tiendas; toca todos los objetos, da palmadas sobre todos los hombros con su ancha mano, riéndose á carcajadas.

Los hombrecitos amarillos guían sus ojos negros con una buena fe maliciosa. Nos ofrecen sus mercancías, té encerrado en cajitas coquetas, lacas, telas, porcelanas, todo digno de un bazar de vigésimo orden. Pero piden precios exorbitantes y siguen sonriendo cuando se discute con ellos sin comoverse y



sin insistir. No es el comercio el que les da para vivir en Nueva York, es el lavado. Lo hacen á tan bajo precio que lo han acaparado. Necesitan tan poco!

Entramos, para conocer su régimen á una de sus fondas. Sobre mesas redondas, muy altas, esperan los manjares preparados ya, y que revelan un trabajo minucioso de los dedos: naranjas rellenas, descortezadas con anterioridad y aun revestidas con esa piel que las protege, cebollas preparadas, picadillo en hojas, cosas crudas rarísimas que revelan un estómago enteramente diferente del nuestro estando el jugo gástrico habituado por una herencia cien veces secular á disolver otra clase de alimentos. Por todas partes se ven las largas pipas rectas, con su hornillita de metal, denunciando el vicio tradicional el gusto terrible del opio.

—“Será necesario volver en la noche para verlos fumar, en el día trabajan. En el intervalo dejado por estas dos cosas no tienen mucho tiempo para hacer mal. Si solo ellos hubiera en Nueva York, M. Byrner no estaría tan ocupado...”

En tanto que el perro de policía gruñía nuevamente de este modo mirando á Bazarow, la cara de este se despeja y se ilumina. Su irónica boca vuelve á hablar. Estamos ahora en medio de sus fieles, pues desembocamos del cuartel de los Chinos al de los judíos. Estos son en su mayoría alemanes y Poloneses. Ah! la invencible, la indestructible raza, y á la que encuentro semejante á sí misma y tal cual la había visto en las callejuelas de Tánger, en las de Beyrouth en las de Damasco y en las alturas de Safia donde, en la Sinagoga, los viejos rabinos comentan el Talmud y anuncian al Libertador.

¿De donde llegan los pobres judíos de este cuartel? Al través de que abominables odiseas de persecución

han venido á instalarse á este arrabal de Nueva York estos puestos de los que solo ellos y los de Auburnia tienen el secreto—estas casillas en donde el mercader halla medio de vender lo invendible: fierros viejos, botones viejos, pedazos apolillados de madera, pingajos viejos? Esas tiendas indescriptibles, donde se arrastra el desperdicio de los desechos invadiendo la banqueta de la calle? Ahora los anuncios están en hebreo. Los voceadores ofrecen periódicos también en hebreo.

Pululan los niños testificando la potencia de procreación de que habla la promesa del libro: “como las arenas de la mar.” Muchos de esos chicuelos tienen ese magnético brillo oriental de las pupilas que se encuentran también en los ojos de las mujeres que van en camino de pulular en esta miseria.

Ahora Bazarow está en su casa. Camina entre saludos y sonrisas. El paso incierto que tenía hace un momento se ha vuelto preciso para guiarnos. Siguiéndole visitamos varios talleres, así de hombres como de mujeres que trabajan en la costura. Encontramos allí bajo la vigilancia del jefe, del *boss*, pacientes y flacas figuras masculinas, muy velludas, con una nariz infinita, pobres pechos femeninos hundidos, espaldas agujadas por la tisis, niñas de quince años envejecidas como abuelas y que en toda su vida han comido un pedazo de carne, una série completa de fisiologías de miseria.

Podíamos apenas soportar la atmósfera de esos talleres donde el olor arrancio de los cuerpos mal cuidados se mezclaba al olor de los alimentos pasados—exasperado todo por el insípido olor del brasero. Preguntamos á esos esclavos cual era el salario que allí ganaban. Aquí las cifras proporcionadas por los partidarios de la revolución son desgraciadamente



exactas, y de una exactitud, que comprobada de esta manera oprime el corazón.

Por doce de esos pantaloncitos para niño, sobre cuyo paño veíamos inclinarse esos perfiles hundidos por la angustia, el contratista da setenta y cinco sueldos. El obrero no llega á hacer diez y ocho en sus mejores días, en los que no pierde media hora siquiera. Doce camisas cuya tela pican apresuradamente esas agujas, manejadas por manos tísicas de niñas encorvadas,—sí, doce de esas camisas producen treinta y un sueldos y el obrero debe pagar el hilo de su bolsa! Además esos precios no siempre son seguros. Desde hace un año que los salarios han sido reducidos á la mitad.—¿Quién podrá saber lo que serán mañana? En la espera, permiten vivir, pero ¿de qué manera? Los platos abandonados sobre las mesas dan la respuesta, llenos de mendrugos que no gustarían á un perro hambriento. Esas bocas llenas de amargura muerden en ellos con una avidez que espanta. Vimos á una muchachilla de quince años dejar su costura para comer de esa manera. Está tan macilenta tan desmedrada que las lágrimas hubieran saltado de nuestros ojos si el agitador no hubiera dicho:

—“¿No es esto la vergüenza de la humanidad?”

Qué podría respondersele, sino que el día de la huelga esa angustia humana no tendría ni aun ese hueso que roer?....

.....  
Enero 15.—A las ocho de la noche vino uno de mis colegas de nueva York, Richard Harding Davis acompañado de dos amigos suyos, para dar un paseo nocturno por la Bowery, después del paseo que hice en el día. Ese notable escritor, uno de los mejores novelistas de la joven América, es un hombre

de ménos de treinta años, con una cara tosca huesosa y ancha, enrojecida por el bochorno, con nariz pequeña y barba cuadrada. Es una de esas caras propias de aquí enteramente chatas y poderosas, de facciones delicadas en una fisonomía tosca. En el pliegue de la boca y en la expresión de los ojos se vé la extrema tension nerviosa, casi el trabajo excesivo llevado más allá de la resistencia. Y sin embargo domina á esa expresión un aire de salud y de juventud. Al través del periodista y el literato excesivamente cargados de trabajo, se adivina muy cercano al *Princeton man*, al estudiante que hace ocho ó diez inviernos se divertía como capitán de alguna compañía de *football*.

Quando salió de la Universidad, Davis se hizo reportér de un gran periódico de Filadelfia. Este oficio extraño le puso en relación con las peores canalladas de los suburbios de la ciudad y lo pintoresco de esos refractarios despertó en él al artista, dibujó diferentes figuras de esos condenados sociales en una serie de novelas entre las cuales una, cuando ménos, á la que he aludido varias veces, *Gallegher*, es una obra maestra. En ella ha pintado, con solo algunos trazos que tienen una seguridad sin semejante al Gavroche de este país, á ese chicuelo feroz, de nervios de acero, de voluntad ya indomable, que se mira, en los tramways y en los caminos de fierro entrar por una portezuela del coche y salir por la otra, voceando su mercancía, periódicos ó frutos con voz tan áspera. Hay en las cincuenta páginas de esa relación, originalidad y descripciones trágicas y las recomiendo al lector que guste las costumbres americanas (2). Hay

(2) Próximamente aparecerá en la Revista Hebdomaria una traducción en francés de esa novela.



en ellas observaciones espantosamente crueles y á pesar de esto, patéticas, siniestramente realistas y sin embargo alegres. Inspiraciones de un númen poético salvador terminan saludablemente lo que esta agua fuerte tomada del natural hubiera podido tener de atroz y esta tarde de Enero que somos llevados en un landó hácia ese Bowery, paraíso de los que se llaman en París las escarpas y en Nueva York los *toughs* y los *roughs*, era Davis el conservador de su novela, un humorista visionario, poseedor de las más inéditas anécdotas sobre esos grotescos del vicio y del crimen.

Nos refería, por ejemplo, el hecho de que el chucuelo original que le había servido de tipo para *Gallegher*, había ido á las oficinas del periódico que publicó ese croquis, á reclamar una parte de los derechos de autor. Se describía así mismo, saliendo de la casa de su padre en Filadelfia, vestido de frac, al encontrar á un ladrón con quien había fraternizado, en el incógnito de un garito de arrabal, para estudiarlo. El ladrón guiña el ojo y aborda á Davis:

—“¿Qué hace usted aquí? ¿Acaso es usted mayor-domo en esta casa?”

Y como el escritor contesta afirmativamente por divertirse, el otro agrega:

—“Cuando la desvalije usted no me olvide... seré de la partida.....”

Y con esta promesa se separaron los dos hombres estrechándose vigorosamente la mano.

Deleitándonos con el animalismo de una conversación agraciada con una especie de genio y que me explica el talento del autor—con ese don de hacer deslizarse y de gesticular la frase—llegamos al mismo puesto central de policía donde la otra mañana ví á M. Byrnes sonreír al valiente hocico de M. Clark.

Otro *detective* era el que debía acompañarnos esta noche, pero tiene la misma estampa y la misma audacia tranquila que el primero. Las especies sociales en estos oficios excéntricos elaboran una fijeza del tipo que no sobrepasan las especies naturales.

Este profesa, como su colega, idolatría por M. Byrnes y tiene un amor apasionado por su ocupación. Semejante á un cazador de grandes piezas que no os ahorra uno solo de los leones ó de los tigres que ha matado, y extiende pieles tras de pieles señalandoos el agujero hecho por la bala, el policía nos obliga á revistar las fotografías, por centenares, de los criminales detenidos en Nueva York en estos últimos años. Lo que noté que domina en estos héroes del robo y del asesinato, es la expresión extraviada ó maniaca y la tristeza. Son contados los rostros que rien, ¡pero con qué risa! injuriosa, obligada, socarrosa. Son mucho ménos numerosas las caras que revelan inteligencia y en ellas está tan reconcentrada, tan visiblemente replegada sobre sí misma, tan armada y tan desconfiada, que causa miedo, aun en el ineficaz reflejo emanado de esas imágenes inertes. Creo que reconocería, si los llegase á encontrar en mi vida, los ojos de una de esas fotografías, la de un hombre de treinta años condenado por falsario y á quien el *detective* considera con admiración no disimulada, murmurando:

—“*He was a greatman.*—Era un grande hombre.....”

Comparando de memoria esa colección de retratos con otra análoga que tuve entre mis manos en París, pero de criminales franceses, me parece que los de aquí son más amargos, más siniestros, más completamente fuera de todas las clases, más implacables y sobre todo más voluntarios. En vano he buscado en-



tre ellos la fisonomía, tan frecuente en los países latinos, del hombre caído por debilidad que es hermano del hombre que se ha conservado honrado por circunstancias.

¿Así son realmente las cosas, ó he cedido, al verlas tales, al gusto por las teorías generales, natural en el viajero? Tampoco me ha parecido que el museo de piezas de convicción reunidas aquí al lado, estuviese compuesto tal y como lo estaría entre nosotros. Mesas de ruleta alternan con revólvers, *night sand bags* con utensilios para forjar las cerraduras, trojes de moneda falsa con placas para hacer billetes de banco falsos. Diríase que los ladrones de aquí son más industrioses y—¿cómo expresar esto?—menos ocasionales en sus malos golpes. El *detective* nos descubre una sierra con la que un célebre asesino aserró el cadáver de su víctima. Para conseguir que confesase su crimen otro *detective* inventó pasearse en la noche, vestido con un sudario y gimiendo en un corredor, que también visitamos, y sobre el que se abría el calabozo. El asesino creyó ver el fantasma de su víctima y confesó en efecto.

—“Pero, dijo uno de nuestros compañeros con desagrado, eso no era leal.—“*It was not fair play....*”

Hé allí el verdadero grito del anglo-sajón con todo el horror innato en esta raza por la astucia y por la mentira. Al oírlo, me acordé de una indignación parecida, sufrida por una niña, delante de quien se relataba la deliciosa hipocresía de un príncipe siciliano del siglo pasado. Enfermo de muerte, hizo el voto, si curaba, de edificar una cartuja. Curó, y para conciliar su devoción con su avaricia, inventó construir en su parque, á las puertas de Palermo, un pabellón en forma de convento, que aun allí puede verse. La palabra “*Cerlosa*” está á la entrada y las diez celdi-

llas están ocupadas por figuras de monjes, pero de cera, entre las que se encuentra un Abelardo en los momentos de escribir á Heloisa!

—“¡Qué vergüenza!” fué la única frase que esta anécdota tan encantadora por su fantasía arrancó de los lábios de la joven americana. En ella no veía sino la falta de conciencia y la bajeza de la falta de sinceridad. Nuestro amigo, el de esta tarde, no está lejos de juzgar de igual modo la perfidia empleada con el aserrador de cadáveres y estoy cierto de que no daría voluntariamente la mano al policía inventor que se valió de ese bonito estratagema.

Bajamos á la calle después de esta discusión, y en esta vez fuimos á pié. Son las nueve y están cerrando todas las casas. La vida nocturna no existe sino en París. En Nueva York como en Londres, todos los frentes de las casas se han apagado cuando sueñan las doce de la noche. Únicamente los “*saloons*” siguen flameando en el piso bajo de construcciones chicas ó grandes. En los mostradores están preparados por veintenas los ingredientes espiritualmente definidos por un poeta báquico del tiempo de Luis XIII. Son espuelas que sirven para beber más. Son tortas saladas y pescados ahumados, jamón y ostras fritas. Una máquina de parear espera en un rincón, semejante á los torniquetes que adornan las tiendas de los mercaderes de vinos en París, con la diferencia que allí no se juega, sino wiskeys ó cocktails y también que la bola está aquí reemplazada por todo un juego de cartas de poker. Uno de esos ingeniosos aparatos que el americano no se cansa de inventar, hace ir y venir estas cartas debajo de un vidrio cada vez que una moneda de cinco centavos cae en una hendidura hecha *ad hoc*. Viene un *full* ó un *flush*, ó dos pares ó una mano llena, ó alguna otra figura y



con esto se les dá, á los pobres diablos que juegan de este modo su intoxicación de la tarde, el espejismo ilusorio de una partida tal cual á ellos les gusta.

Se mantienen en pié, en medio de la deslumbradora claridad del gas ó de la electricidad, ébrios desde esa hora al grado de no poderse mover, y casi todos, aun en este inmundo cuartel, conservan sobre sí mismo esa especie de corrección que me daba, el primer día, la idea de una ciudad entera vestida en el almacén de ropa hecha. Pero, cuántos americanos de todas clases he visto viajar así, con esta especie de vestido correcto, con una valijita en la mano hecha de cartón-cuero, para poder mudarse cuello y puños postizos! En la mañana van á la barbería después de haber tomado un baño en el gabinete de aseo de su cuarto de hotel. Un negro le lustra sus zapatos y otro su sombrero y sus vestidos. Una tira de lienzo blanco en los puños y en el cuello y bajo del ancho plastrón de la corbata que oculta la camisa, otra tira también de lienzo blanco y ya teneis á un *gentleman* cuya limpieza durará hasta la cantina de la media noche.

Acabamos por entrar en una de esas cantinas. Ocho á doce *gentlemen* de ese tipo discuten en ella delante de sus copas, en las que una redonda cereza nada entre cáscaras de limón. Esperan la vuelta de algunas de las prostitutas de quienes nos hablaba M. Clark el otro día y que están á dos pasos esperando venderse á los chinos. Van á venir y á pagar sin duda el consumo hecho por esos honorables personajes, quienes unen á su oficio de alcahuetes una pasión desordenada por el box. Ahora están muy interesados en comparar las probabilidades del Californiano Colbertt y del Inglés Mitchell que deben medirse en Jacksonville en Florida.

Sobre las paredes se ve una serie de retratos de los atletas célebres en actitud de combate, testimonios de la admiración del patrón y de su secreto comercio. . . . Sin duda alguna arregla algunos de esos encuentros clandestinos que Davis ha descrito con precisión en su *Gallegher*, en los que cuestan los billetes cien y doscientos dollars. El es Alemán y con sus pupilas astutas, azulosas en su amplia cara descolorida, mira al *detective*, quien parece no conocerle, pero que le conoce muy bien. En esa ojeada hay indiferencia é igualdad. Con las artimañas de las elecciones en Estados Unidos quién puede saber si un simple dueño de "saloon" no es uno de los grandes enganchadores de votos del partido que está en el poder? Se ve algo de la conciencia de esa fuerza en la calma del alemán, es muy posible, así como también en la actitud de los infames clientes de este obscuro patrón que fuma gruesos puros de medio *dollar* pieza con la seguridad de los dioses de Lucrecio y que parece no se inquietan por la cruzada de moralización proclamada estas últimas semanas. Dos nuevos visitantes entran á la taberna, y hablan alemán con el mercader de alcohol. Decididamente Nueva York es la verdadera *Cosmópolis*, no ya de los ociosos y de los dilettante, sino un crisol monstruoso donde todos los aventureros y los trabajadores del mundo entero vienen á chocarse á mezclarse, á fundirse, para formar un pueblo nuevo,—¿pero qual?

¿Fundirse? ¿La íntima mezcla de esos elementos tan poco reductibles y que son las razas, se verifica realmente? En todo caso, en lo relativo á los amarillos puede responderse que no, atrevidamente. ¿Qué poder tan extraño conservan estas gentes de resistir al medio, de abstraerse, de *insularse* en él, si así puede decirse? Tuve de ello una prueba esta noche cuando



dejamos esa madriguera para ir al teatro chino que se encuentra á dos pasos.

—En el escenario se vé á los actores, á hombres disfrazados de mujer, cargados de adornos y de afeites—afeitados con colores chillantes que les barnizan el rostro, adornados con telas semejantes á las usadas en las ceremonias religiosas por el clero, recamadas, bordadas, tiesas y lustrosas—representan, ó mejor dicho hacen mímica, con sus ademanes pausados y extraordinarios, una escena de un pieza interminable. Un instrumento de cuerda, ágrío y monótono, acompaña esta representación quimérica con un gemido y con un rechinamiento. ¿Qué hablo de ademanes? En la media hora que estuvimos allí, los siete actores no hicieron, entre todos, veinte movimientos. La decoración representa el interior de una pagoda con una puerta que da á un jardín, evocación, suficiente sin ninguna duda, para satisfacer el interés de este público que no pronuncia una sola palabra, ni estalla en una sola carcajada ni en un solo aplauso.

Quinientos hombres cobrizos están allí, inmóviles en su traje de trabajo, todos parecidos unos á otros con sus sombreros redondos, con la cola de sus cabellos negros trenzada, con su amplia blusa azul oscuro y con sus eternas caras de serpiente en las que se embridan sus largos ojos brillantes y sin expresión. Parece que ni uno de ellos ha notado nuestra presencia, aunque por fuerza hemos debido hacer algún ruido al entrar en el corredor que baja hacia la escena entre las gradas. Se siente que son extranjeros, y á una profundidad que no se mide,—impentrables y sobre todo ininteligibles. En la calidad y la elección del placer se revelan estas diferencias irreductibles, puesto que nuestras diversiones somos nosotros mismos, son nuestra independencia y nues-

tro gusto, mientras que nuestro trabajo á menudo no traduce sino la esclavitud del medio.

Este teatro y el automatismo hipnotizador de su representación nada tiene de común con la especie de entretenimiento que nosotros vamos á buscar á la comedia. E, igualmente, la embriaguez brutal y mecánica del alcohol, nuestra embriaguez nada tiene de común con el envenenamiento intelectual del ópio que constituye el vicio favorito de estos hombres. Es preciso ver á algunos de ellos entregarse á las delicias de esta terrible droga, inmediatamente después de la salida del teatro, para comprender cómo corresponde esta locura de los estupefacientes ó instintos profundos y sin duda ninguna indestructibles. Ambas impresiones se completan de modo y con potencia singular,

Anduvimos solamente veinte pasos al salir de la sala de representaciones y desde luego bajamos á uno de esos cuartos que están bajo de tierra y que sirven á estos maniacos de cueva para procurarse ensueños. A la claridad de un pico de gas, á media luz, se vé á un chino flaco acostado sobre una sábana extendida en un lecho de piedra que sobresale de la pared. Con sus ágiles manos forragea en un porrón lleno de una substancia negruzca. Con una gruesa aguja de metal, con destreza y seguridad, enreda una bolita compacta que hace arder en una flama. Después con la punta de la misma aguja, sin apresuramiento y con el mismo ademán diestro y seguro, introduce la volita en fusión en la chimenea de metal de su pipa. Aspira algunas bocanadas. La pipa se agota y vuelve á comenzar su maniobra. Un entorpecimiento voluptuoso flota en sus pupilas. Veinte operaciones semejantes ejecutadas veinte veces más, bastarán para que se ponga en la situación del hombre gordo



cuya silueta se dibuja en el fondo de la cueva y que, abotagado, lívido, inmovil, se abisma en visiones que ninguna fuerza humana sería capaz de arrebatarse.

Un personaje amable y risueño, el patrón del local, corre de aquí para allá preparando pipas y opio para otros habituados que esperan su turno de entregarse á ese misterioso y mortífero éxtasis. Convierten esta sala en trágica la soledad y la laxitud de este placer. Ni un grito, ni una sola palabra. Hay en la actitud á que se abandonan estos devotos de paraísos artificiales, una especie de solemnidad de iniciación, y esta embriaguez parece menos vil y á la vez más criminal, menos desagradable, pero más incurable que la del whiskey ó la del aguardiente. Es tan diferente de ésta, que causa estremecimientos de pesadilla, al grado de sentir alivio cuando se abandona ese antro. . . .

Las linternas chinas alumbran con su luz ridícula la parte inferior de la calle. Una vuelta á una esquina y ceden de nuevo el lugar al gas, como el opio al alcohol. Ahora los "saloons" suceden á los "saloons." Un policía gigantesco y complaciente que el *detective* tomó para que nos llevara á las cuevas de los fumadores de opio, nos hizo detener súbitamente ante una alta casa que nos enseñó con un gesto orgulloso.

—“*Well*,”—nos dijo con el más cómico énfasis,—*you may be globe-trotters*—aunque fueran ustedes *trotters del globo*—no encontrarían ningún lugar comparable al Bismarck de Nueva York. ¿Quieren ustedes entrar? . . .”

Aceptamos, y entonces nos explicó—¡oh ironía de la gloria humana!—que este Bismarck es simplemente un local donde se duerme en la noche por diez y por siete sueldos. Nos metimos, siguiéndole, en un

corredor oscuro y le vimos conferenciar con el conserje de ese dormitorio de la miseria. Este, después de pretextar algunas dificultades,—preludios de la partición de una propina, muy inteligible para quien ha experimentado la poca conciencia del alguacil de las ciudades americanas—nos permitió franquear los tramos de una escalera mal alumbrada y que ya está infestada de un hedor abominable. En el primer piso se abre una puerta. Conferenciamos nuevamente y penetramos en una pieza inmensa, calentada hasta el grado de impedir respirar en ella, por una colosal chimenea de hierro fundido.

Allí, entre una niebla apenas despejada por raras luces, se perfila una doble hilera de camas de caoutchouc, con un verdadero sembrado de cuerpos, unos envueltos en un resto de harapos, otros completamente desnudos. Todos esos desgraciados duermen con ese sueño que se asemeja á la muerte, y en el que la vida, con todo y eso, repara sus energías profundas. En la posición de sus miembros se ve que no se han acostado, sino que se han echado tal y como estaban, aplastados por la fatiga. Se ven levantarse las plantas de los pies, ennegrecidas por el fango de las calles, que encuentran vagancias indefinidas, ya en medio de las calles, ya en los caminos. Las caras macilentas de los que acaban de *deshararse*,—es necesario crear palabras para traducir el despojamiento sin nombre de esos harapos sin nombre también—nos siguen con la mirada pasiva y estúpida. Para ellos somos apariciones de un sueño al través del doble entorpecimiento producido por esa espesa atmósfera y por el cansancio que les invade.

Y sin embargo, los que duermen aquí son favorecidos. La especie de hamaca en que reposan debe



proporcionarles una voluptuosidad extraordinaria, puesto que gastan en pagar esta molición, dos sueldos más. Dos sueldos para pan! Dos sueldos para tabaco! Dos sueldos para whiskey! Los huéspedes del piso superior duermen sobre tablas. Los del tercero duermen sobre el piso. Y es durísimo por su pestilente promiscuidad. Pero no es la calle, no es la noche de Enero tan mortífera para la pobre carne agotada. Esta es la idea que leí indistintamente en la cara fina y fatigada de un anciano de barba verdosa que se desnuda de la chaqueta sentado sobre el suelo en el último de esos tres dormitorios, verdadero fantasma de la miseria humana, á quien nunca podré olvidar por la anatomía de su dorso descarnado, en el que algunos mechones de vello encanecen sobre sus calientes costillas.

Al mirarlos, recordé que esa misma noche estaba yo invitado para un baile en uno de los palacios de la Quinta Avenida. Sacrifiqué sin sentimiento esta fiesta por esta visita. Se me representa en la imaginación la casa adornada toda ella con rosas que valen un *dollar* cada flor, deslumbrante con los atavíos de las mujeres que llevan sobre sí veinticinco, cien, doscientos mil francos en piedras preciosas. La *Champagne* que se derrama en el comedor cuesta veinticinco francos la botella. Y las rosas se marchitan sin que nadie haya tenido el placer, por ocio siquiera, de aspirar la suavidad de sus aromas, y sin que ninguno de esos diamantes y de esos rubíes sirva para ahuyentar un pensamiento triste á quien lo tenga, y cuando esos lindos labios se humedecen apenas tocando el borde de las copas donde hierve el monótono brebaje . . . Estos contrastes entre la espantosa realidad de ciertas miserias y la inútil insanidad de ciertas leyes, explican, mejor que las más elocuen-

tes teorías, por qué se apodera la rabia de destruir simplemente semejante sociedad, de ciertas cabezas en determinadas horas.

El policía concusionario, que bien podría haber sido el encargado de cuidar ese baile como está comisionado de vigilar los tabucos de la Bowery, está tan orgulloso de este exceso de miseria en el que nos ha iniciado, como debe estarlo su colega de la Quinta Avenida del fausto de la fiesta. Y repite con jovialidad su frase de hace un rato:

—“Y bien, ¿han encontrado ustedes en el mundo un lugar como el Bismarck? . . . .”

Y ya en el dintel, respirando la libre noche con toda la amplitud de sus robustos pulmones, agregó:

—“Señores, ahora comprenderán ustedes lo que vale una bocanada de aire fresco!”

Decididamente este humorista hace lo posible por merecer el dinero de su propina, pues viéndonos conmovidos por el espectáculo del siniestro albergue, nos invitó á disipar esas visiones de tristeza por un descenso á otro subterráneo, á casa de un italiano:

—“Hay siempre en su casa,” nos dijo, “alguna *jollification*.”

Palabra int:aducible como el *jolly* de donde se deriva y que significa la alegría festiva, la farsa inocente, cierta gracia brutal y saludable.—A propósito de esto, le pregunto á que nacionalidad pertenecen más especialmente los habitantes del Bismarck. Según su opinión predominan los alemanes y los irlandeses. Los americanos propiamente dichos son rarísimos. Por lo demás, es de creerse cuando se escudriñan de este modo los cuarteles, ó que no hay americanos en Nueva York ó que son todos ricos, tantos extranjeros así hemos encontrado el otro día y esta noche! Encontramos más extranjeros aún en la *trattoria*



nocturna donde nos introdujo nuestro guía. Pero la *jollification* anunciada se reduce á la vista de un patrón visiblemente embarazado y furioso en su obligada política.—Mientras que los tres compatriotas con quienes platicaba afectan fumar sus largos cigarros de paja y vaciar su frasco de Chicanti sin mirarnos, el hombre gordo y descolorido de ojos de procurador nos asegura con una entonación que hiede á galeras:

—“Pero, pueden ustedes ver todo en mi casa, nada tengo que ocultar”—y repitió—“Nada que ocultar... nada que ocultar...” cuatro veces seguidas. ¿Qué trabajos de conspiración, de contrabando ó de prostitución habíamos interrumpido con nuestra entrada? El policía debe saberlo, pues nos sacó de esta caberna con el mismo apresuramiento con que nos habían traído. Pretende estar ya en los límites de la porción encargada á vigilancia. Le dejamos para terminar esta noche de baja inquisición al través de una serie de bailes públicos y de cafés conciertos. Tres de estos lugares de cita para la crápula se presentan á la mirada de mi memoria en el momento en que escribo estas líneas, las tres igualmente trágicas y significativas.

..... El primero es una especie de tabuco con tablas fijas y con una orquesta en un estrado. Escribientes de paseo y militares se codean allí y sobre todo marineros, toda la canalluza baja del puerto. Muchachas perdidas recorren los grupos, agobiadas de fatiga á la vez que ébrias y hambrientas. Tres de ellas se sientan en nuestra mesa y las tres piden porches de leche para sostenerse. Lo beben con una avidez que causa disgusto mirar. Una de ellas nota el forro de seda del abrigo de uno de nosotros. Lo mira con curiosidad, después se acaricia con él el re-

vés de la mano y ésta nada de lujo le causa un pequeño goce físico que la hace sonreír.

..... El segundo es una taberna más decente, con una sala en el fondo, donde algunos empleados hacen bailar á muchachas perdidas al son de una música algo mejor. Una de ellas y su hermana son evidentemente principiantas. Tienen diez y ocho y diez y nueve años respectivamente. Son bonitas, placenteras y finas, con pobres vestidos negros orlados de rojo. La prostitución aun no ha marchitado en ellas el encanto que hubiera podido hacerlas inocentes prometidas y buenas esposas más adelante, si hubiera sido otro su destino. En país anglo-sajón nunca existe intermedio entre esta “giril” delicada—que se ha vendido ó que han vendido, sin vicio, sin seducción, sin remordimiento, tal y como hubieran podido colocarla en una casa de comercio,—y la criatura degradada, de nariz roja, de pómulos llenos de barros, de ojos llorosos, de voz ronca y á quien apenas quieren los marineros. La explicación de esta metamorfosis tan rápida cuanto espantosa está en el alcohol. Esas dos niñas delicadas con rostros de ángeles beben ya whiskey á vasos llenos.....

..... En cuanto al tercero de estos tristes cuadros de arrabal, es el de otro baile, enteramente parecido en su aspecto exterior á los otros, sólo que algunos jóvenes bailan allí con otros hombres, seres ambiguos que ostentan arrebol en los carrillos, negro en los párpados y rojo en la boca. En la parte anterior y para separar de la calle este equívoco lugar un *saloon* ofrece sus asientos. Como no hay más que empujar una puerta para entrar al baile, es fuerza creer que el patrón que está en pie detrás del mostrador y que sonríe á los clientes con su cara eczematosas es también un útil utensilio de elección. Las



grandes ciudades y las grandes democracias tienen estas sentinas entre sus bastidores. . . . .

.....  
*Enero 18.*—Esta mañana fuimos D\*\*\* K\*\*\* y yo á visitar las dos islas de la rivera del Este, Blackwell's y Ward's en donde están las casas de locos y las penitenciarias. En la puerta de *Tambs* debíamos encontrarnos con el *detective* que nos acompañó el otro día, con M. Clark. Los *Tambs* son la prisión municipal de la ciudad unida á la policía correccional y á un tribunal para las sesiones excepcionales. El argot neo-yorkino los ha bautizado con este sobrenombre fúnebre y simbólico, aludiendo á los anchos y macizos pilastrones egipcios que forman su peristilo.

El oficio de *detective* no permite la exactitud en las citas y además M. Clark está de servicio. Nos mandó decir con uno de sus *policemen* que se reunirá con nosotros más tarde, "si es que acababa á tiempo" lo que quiere decir que el bravo perro venteador está de caza, y tal vez, ¿quién lo sabe? solo á dos pasos de donde estamos, en una de esas calles. Tal vez el criminal, á quien le dá batida, zanquea esas calles con paso desesperado, espiondo con la mirada una de esas casas que nos parecen tan insignificantes y que para él será un asilo ó una perdición.

Desfilan estas casas con su banalidad enigmática sin revelarnos nada de sus secretos, mientras que un nuevo *car*, después un camino de fierro elevado, luego otro *car* más, nos llevan hacia el lado de *Bellevue Hospital*.

Un pequeño muelle de madera, cerca de él, sirve de punto de partida al barco pasa-río, que conduce una vez por día hacia las islas á los condenados y á los parientes de los locos. Un coche celular llegó casi al mismo tiempo que nosotros con su carga de for-

zados. El pueblo le apellida con el clásico mote de *Black Maria*. Esos viajeros que no tornarán sino después de meses ó años—si es que vuelven—bajan con indolencia. Se engolfan en cámaras preparadas en los costados del barco y el puente se cubre de gente pobre, sobre todo de mujeres que llevan cestos llenos con alguna provisión para un desgraciado á quien solo queda este resto de alegría!

El barco se estremece. Ejecutan la maniobra hombres vestidos de uniforme obscuro, entre los que hay varios negros; están allí compurgando una larga condena.

Platicamos con el *boss* en tanto que esta extraña casa flotante adelanta, sufriendo los embates de el agua crispada que la azota con pesados oleajes. Nos cruzamos con otros pasa-ríos, con remolcadores, con navíos mercantes. Sopla un aire acre, bajo un cielo que se mira como contraído por la fría tensión de una negra nube de hielo. Esta orilla de la ciudad desenvuelve una costa pelada y cual si estuviese manchada con una lepra de construcciones miserables y con siniestras playas en que se mantiene el inmundo desecho de las cercanías de una capital. El *boss* que ha tomado el oficio de transportar á la miseria, á la locura y al crimen, en medio de este paisaje de ruinas y de detritus, es un anciano jovial que masca su tabaco y dardea los chorros de saliba con gran serenidad, vigilando su equipo. Nos abre los dos comarotes donde ha encerrado á los huéspedes de la *Black Maria*.

El de hombres contiene próximamente diez individuos. Su cara envilecida y neutra no expresa ni aun esa resolución de los *tramps*, como se llama á los vagos de aquí, á quienes se vé arrastrarse en las calzadas de Nueva York recogiendo orgullosamente los



cachos de puro. Las mujeres tienen un aspecto más vivaz y más trágico. Las placas biliosas y congestionadas de su cutis, esos verdes y esos rojos de la piel que produce el alcohol, les forman una máscara de vicio sobre la que resalta el brillo singular de sus miradas. Envejecidas antes de tiempo y arrugadas del frente, si así puede decirse, por lo muy chupadas que están sus facciones en su carne marchita, fuman cigarrillos recargadas sobre las paredes de esta prisión que se mueve. Son siete: tres irlandesas, dos alemanas y una negra. Solo la séptima es una verdadera americana. De los desgraciados que componen el equipaje de á bordo, los que no son negros son todos europeos.

Hay un francés perdido entre ellos y el *boss* nos lo enseña. Es de Picardía y ha venido á Estados Unidos después de la guerra.—¿Por qué?—No lo confiesa, como tampoco el delito que lo condujo primero á la Penitenciaría y después á este barco. Era portero de una casa que se decía alquilaba amueblada y que no era en realidad sino una casa de prostitución. Llegó un *detective* acompañado de una muchacha, pidiéndole por una hora un cuarto. El hombre no lo reconoció. Le dió el cuarto. Y esta es la razón porque se encuentra aquí, con esa cara tan dura que tan pronto adquieren los extranjeros establecidos en América. Nos refiere su llegada, los primeros años, su soledad, sus rudísimos trabajos—era cubretecho de las gentes que son aquí tan implacables. Debe decir la verdad sobre esos puntos. Esto se siente en la amargura de sus palabras. En él no sobrevive nada del buen humor nacional, ni aun esa fanfarronería socarrona con la que el latino toma su inútil y último desquite cuando está vencido por una civilización más fuerte. Este, en realidad, está muy vencido.

Cuando tuve la conciencia de su miseria en su infamia sentí menos que fuera tan baja la cifra de la inmigración francesa en esta tierra terrible. Las estadísticas enumeran cincuenta mil cuatrocientas sesenta cabezas desde hace diez años. La América, por el contrario, ha recibido en el mismo período un millón cuatrocientos cincuenta y dos mil novecientos cincuenta y dos alemanes. ¡Qué suma tan formidable de pruebas ciertas, de crímenes probables, representa semejante aflujo de aventureros! Se extremece uno cuando vé de cerca un ejemplar auténtico encontrado en el hecho.

La misma singular aglomeración de extranjeros y extranjeras, vimos entre los muros de los dos asilos, el de locos y el de locas, que visitamos: el primero en la más lejana de estas dos islas, en Ward's; el segundo en la más próxima, en Blackwell's. No es esta originalidad la que prueba que la fatiga superior á la resistencia en la vida americana es funestísima á los sistemas nerviosos que no son de aquí, pues que estas casas se parecen á los otros asilos del mismo género de cualquier país. Llevaré grabado en la memoria, por largo tiempo entre estos locos, á un alemán que vino de Koenisberg y que se creía el viejo Emperador Guillermo: con sus bigotes atusados en gancho, hablaba y juraba paseándose con gestos de amenaza. Y de las locas no olvidaré á una de Noruega, de ojos dulcísimos color de mar, que tocaba, sentada al piano, un aire vaguísimo y que comenzaba indefinidamente.

Una y otra casa están sostenidas con ese perfecto conocimiento del orden material que distingue á la América y la Inglaterra. Aquí el príncipe, según lo había ya notado al visitar los Hospitales de Boston consiste en asegurar su autonomía á cada estableci-



miento. Desde el mayor hasta el mas pequeño deben bastarse á sí mismos. Es necesario que tengan su panadería para fabricar su pan, su lavandería para limpiar su ropa y repararla con la máquina, su laboratorio para preparar sus medicinas. Con semejante independencia, en todos los establecimientos la iniciativa es forzosamente más poderosa. Si hay necesidad de intentar una experiencia, de aplicar una invención, no tienen la precisión de pasar por la serie administrativa ni de esperar la orden del centro. Todo tiene su quiebra y esta ausencia de comprobación que tanto admiramos nosotros los centralizados, puede tener su lado funesto. Tuvimos la sensación de que así es cuando uno de los doctores nos dijo triunfalmente algunas palabras. Pedimos permiso para ver á los locos furiosos.

—“Aquí no tenemos de esa clase” nos contestó.

—“¿Cómo es posible?” insistimos.

—“No tenemos de esos” repitió.

—“Pero, cuando alguno que no lo estaba se vuelve furioso?”

—“Oh!” dijo, “no tardamos en dominarlos.”

—“¿Podremos ver los aparatos que usan ustedes para ello?”

—“No tenemos aparato alguno” respondió el médico con orgullo; “creemos que la violencia física es degradante para el paciente y preferimos emplear la violencia química,—*the chemical restraint*.....”

—“*They druy them to death*..... Les curan á muerte.....” nos dijo K\*\*\*

¿Tienen razón? Y sin embargo, la verdad es que después de esta frase creemos sorprender en las pupilas de los que encontramos el estupor embrutecedor del opio ó de la morfina, á pesar de que el doctor nos asegura que estas dos substancias están proscri-

tas del tratamiento. Reina en este hospicio de locos un triste terror, mientras que en el hospicio de las locas estuvimos tocados por la ternura, casi por la alegría.

Las salas y los corredores están adornados con flores de papel, con árboles de Navidad con frutos de tela, restos de la fiesta del mes anterior. Bananas de trapo amarillo alternan allí con naranjas de felpa roja. El adorable genio del hogar, imperecedero en el corazón de la mujer, ese instinto supremo de la maternidad que persiste aun en la locura ha sugerido á las prisioneras esta graciosa y conmovedora fantasía: junto á estos grandes árboles de Navidad, de estas grandes muñecas vestidas con ropas abrigadoras, figuran los niños para quienes soñaron preparar estos regalos. Y sin embargo á pesar del cuidado que han tenido al adornar su calabozo, son prisioneras y ellas lo sienten. Todas, en su pensamiento formulan la frase que pronunció delante de nosotros una de ellas, una negra de cabellos blancos, que pone en ese momento una casaca de abrigo á otra prisionera. Esta última ríe de gusto al sentir el calor de esa prenda.

—“Cuán contenta está” dijo uno de nosotros, “qué le falta pues?”

—“*To be free*..... ser libre.....” respondió la vieja morenilla é interrumpieron, la una su acción caritativa de abrigar á la otra, y ésta su risa, para mirar por la ventana con la nostalgia de animales enjaulados.—Y á pesar de todo, ¡qué símbolo tan triste de la libertad es esta gran llanura de la isla, estéril y desnuda! Los árboles crecen en ella tan delgados en terrenos tan yermos, verdeando con césped tan ralo, cual si estuviesen descortezados. En esos llanos serpentean líneas grises que son caminos abandonados y ahondados. En ese cielo se arrastran nu-



bes bajísimas y allá abajo dos construcciones se levantan erigiéndose con una arquitectura de cuartel. Una es la *Work-House*, el Hospicio, la otra es la Penitenciaría.

Con la visita á este cuartel terminamos nuestro día. Fué M. Clark quien nos guió. Nos estaba esperando delante de la casa de locos. ¿Cómo supo el perro de policía que allí estábamos, precisamente allí y no en otra parte? No fué mucha la admiración que nos causó esta tan pequeñísima prueba con la que nos demostró su olfato profesional, así como tampoco la que nos produjo el coche que descubrió—¿de qué modo?—en esta llanura desierta.

No había rodado diez minutos el coche cuando comenzamos á mirar los forzados que trabajan en terraplenar. Si no fuese por sus vestidos blancos con rayas oscuras, se les tomaría por obreros vulgares ocupados en una tarea vulgar también. Es un rasgo tan característico de la vida americana la absorción en el trabajo que esos condenados á galeras no se distinguen de los obreros libres. Su fisonomía no parece más entristecida que la de los mecánicos sobre sus locomotoras ó que la de los fundidores en sus talleres.

Se encuentran esas chusmas con más frecuencia á medida que se aproxima más el ámplio edificio sobre la altura. Ya estamos en él. En esta ocasión no tenemos necesidad de parlamentar como en la puerta de *Bismark*. Nuestro guía está en su casa en este cuartel, del que es uno de los proveedores más hábiles. La recorrimos siguiéndolo, interesándonos especialmente por la galería donde están las celdas, pues encontramos en ella el espíritu práctico del país. Sus fuertes puertas de barras de fierro se abren en un ancho corredor que permite la más cómoda vigilancia. Las celdas son estrechas, altas y dispuestas de

manera que permiten el establecimiento en las paredes de dos camas superpuestas como las de los camarotes de los paquebots. Encima de la entrada está escrito en un cartel el nombre de los condenados.

Algunos de esos nombres que leí corroboran mis observaciones de estos últimos días. La mayoría no son de aquí. Las penas que se imponen son de corta duración, de seis meses, de uno ó de dos años cuando más. Por lo general se agrega una multa de cien, de doscientos, de quinientos *dollars*. Cuando los penados no tienen dinero desquitan esta multa con su trabajo, que se les abona á razón de un *dollar* por cada día. El regimen es humano, casi comfortable si se recuerdan las asperidades de la miseria en la *Bowery*. Levantados á las cinco y media, toman los hombres á las seis y media pan y café, al medio día carne y á las cinco y media de la tarde sopa, pan y café. A las seis se les encierra y se les concede permiso de leer hasta las diez.

Su bibliotecario está sentado frente á una mesa en una de las galerías y allí clasifica las fichas. Aun bajo la librea de la prisión, su fisonomía inteligente, sus manos finas, su aplicación tranquila revelan al *gentleman*. Es también un extranjero, un inglés de excelente familia que se hizo culpable por haber sostenido una vida de club, de *sport*, de juego y de elegancia á fuerza de *cheques* habilmente fabricados. Se le emplea en la tarea para que se le ha juzgado más á propósito, y lo mismo se hace con los demás penados.

De este modo los talleres están poblados de obreros que ejecutan con baratura obras excelentes. En los pabellones que rodean al edificio central hay una fragua y una ebanistería, una zapatería y una cerrajería y así sucesivamente para todas las corporacio-



nes de oficios. Vemos desfilar ante nosotros á los sastres, á los pintores, á los encuadernadores, á los relojeros, y á todos ejecutando su trabajo pacíficamente. Para haber sido felices hubieran necesitado solamente vivir de esta manera en los tiempos de su libertad. Se les devolverá su libertad, y según nos lo asegura M. Clarck, ni uno de ellos conservará, aun al grado más insignificante, esta costumbre del trabajo, que parece que han contraído ya. La mayoría son reincidentes que han tomado, dejado y vuelto á tomar el camino del taller disciplinario sin que este empleo activo de sus horas durante esta servidumbre legal haya modificado la perversión de su voluntad.

Qué pieza es la que tan profundamente tienen gastada en su mecanismo interior?—En este país de todas las empresas se ha ensayado, no muy lejos de aquí, en Elmira, crear una penitenciaría reformadora, una especie de hospital moral, precisamente para alcanzar esta pieza íntima. Parece ser que no ha producido grandes resultados, por lo que se llega á esta conclusión pesimista: que la mejor solución de esos problemas, así como la de todos aquellos que se refieren á las llagas sociales, es simplemente una buena y fuerte policía. Esta idea es espantosa y sin embargo parece estar en conformidad con la naturaleza. Hay hombres que nacen zorros, lobos y tigres y otros que nacen perros guardianes. Tuve esta visión de la dualidad substancial de la raza humana, andando por las calles de Nueva York detrás de Bazarow y de M. Clarck. Se produjo en mí nuevamente oírlo á este último exclamar:

—“Miren ustedes, aquí hay algo cazado por mí!”

Y nos señaló á un tornero fornido y vigoroso con una fisonomía innoblemente viciosa.

—“Yo he sido quien le ha arrestado esta mañana” insistió M. Clarck, abriendo y cerrando sus velludos dedos. El otro se agacha sobre su trabajo sin que dé señales de haber reconocido al policía. Pero en el momento en que M. Clarck emprendió su camino, se volvió siguiéndole con una mirada llena de odio y de terror y cambió algunas palabras con su vecino. En esa mirada se ve el sueño de dar de puñaladas por detrás. Pero el dogo de M. Byrnes se preocupa tanto de ello, como un perro que ha forzado á un animal y que le abandona para correr tras de otro, se preocuparía con la mirada furiosa ó suplicante del primero.....

Centenares de páginas semejantes podría sacar de mi diario de viaje. ¿Pero bastarán las asentadas para concretar la objeción que mi amigo de Nueva York dirigía contra el optimismo, algo oficial y pensado, de los dos grandes arzobispos católicos? En todo caso, si son suficientes para colocar á toda luz el hecho que me parece dominar toda la historia del movimiento social de los Estados Unidos y para alumbrar las contradicciones aparentes.

Este hecho es la presencia, en las clases de abajo, de un contingente extranjero, tan considerable que, en ciertos momentos, el Americano nacido en América de padres Americanos se presenta como una especie de aristócrata, muy orgulloso para prestarse á servir á un amo cualquiera que él sea, muy inteligente para dedicarse á pequeños trabajos de detalle, y como destinado naturalmente por su imaginación, por su perseverancia, por su voluntad á regimentar



en sus empresas á esta multitud de inmigrantes cuya mano de obra paga y emplea brutalmente.

Esta paradoja apenas exagera la realidad. Para convencerse de ello basta mirar un cuadro estadístico, por ejemplo, el que publican cada fin de año los almanaques de los periódicos; y esas cifras incontestables dan una dosificación más significativa del contingente extranjero, cuando se acaba de salir de los barrios bajos de Nueva York donde los Italianos, los Alemanes, los Irlandeses, los Poloneses y los Chinos hormiguean y se debaten en una tal miseria.

En primer lugar hay que notar que esa formidable inmigración es enteramente reciente. De 1789 á 1820 apenas si doscientos cincuenta mil colonos de Europa desembarcaron en Estados Unidos. Y esto no daba ni nueve mil hombres anualmente. Los recién venidos en ese período se perdían, se ahogaban luego en el medio americano que aun posee un notable poder de asimilación. Pero esta asimilación tiene sus límites. Y á través de los números se vé la oleada que poco á poco la sobrepujará.

A partir de 1820 cada año aumenta el número de inmigrantes hasta decuplicarse, casi hasta centuplicarse. En 1830 alcanza este número á veintitrés mil trescientos veintidós y en 1840 llega á ochenta y cuatro mil sesenta y seis. Los acontecimientos de 1848 y 49, dieron por resultado llevar este número en 1850 á trescientos sesenta y nueve mil ciento ochenta y seis. La guerra Franco-Alemana y la Comuna repercutieron con mayor violencia aún sobre esta invasión del Nuevo-Mundo por los desesperados del antiguo. En el año de 1872 sube á cuatrocientos cuatro mil ochocientos seis; en 1873 á cuatrocientos cincuenta y nueve mil ochocientos tres son los expatriados que aquí vienen á buscar algo,

—pero, ¿qué buscan?— Ni ellos mismos lo saben.

Para medir en toda su extensión este admirable fenómeno de una marea de hombres ó mejor de naciones, que rompe en este continente, las cifras de conjunto son necesarias. En los dos periodos decenales que preceden á este en que estamos, los Estados Unidos han recibido de Europa más de tres millones de inmigrantes entre 1871 y 1880; y entre 1881 y 1890 más de cinco millones y medio. La población ha pues aumentado, en estos últimos diez años, un doceavo por vía de ascensión extranjera y esta ascensión está única y exclusivamente compuesta de obreros.

Ahora, hojead una guía cualquiera, y encontrareis que en Chicago, sobre un millón cien mil habitantes, hay cuatrocientos mil alemanes, doscientos veinte mil irlandeses, ochenta mil noruegos, daneses ó suecos, cincuenta mil poloneses, cincuenta mil bohemios. En Milwaukee más de la mitad de la población está compuesta de alemanes. Son doscientos cinco mil. Hay cincuenta mil alemanes en San Luis, Denver, que contaba treinta y cinco mil habitantes en 1880, cuenta hoy ciento cincuenta mil ó sean ciento quince mil más, todos mineros y todos extranjeros. San Pablo y Minneapolis son ciudades escandinavas y San Francisco está enteramente poblado por inmigrantes de todas procedencias, comprendiendo entre ellos veinticinco mil chinos!

Ante la evidencia de una invasión hacia el interior, tan violenta y tan reciente, ¿cómo podría desconocerse que esos recién venidos no pueden en su mayoría, ser americanos sino de nombre? Sí, los Estados Unidos se asimilaron á los recién llegados con una rapidez maravillosa cuando el trabajo era



especialmente un trabajo rural, cuando las grandes ciudades modernas no existían aún,—antes de 1840 no había en América una sola ciudad de quinientas mil almas,—cuando, sobre todo, estos recién venidos dispersados inmediatamente en las haciendas, no constituían esa aglomeración compacta y casi sólida, irresistible y formidable como un elemento.

Hace treinta años, ese poder de asimilación era todavía milagroso, cuando la guerra de Secesión vino á crear de nuevo y á dar mayores fuerzas á la conciencia del alma americana en la comunidad de la disciplina y del peligro. Puede de ello darse una prueba, muy pequeña, pero muy notable: antes de esa guerra, los alemanes, so pretexto de reuniones de gimnasia, habían fundado un grupo de sociedades revolucionarias con este título: *Socialistischer Frierenbund*.—Antes de 1860 todas eran radicales, internacionales y germánicas. Terminó la guerra y todas se habían vuelto naturalmente nacionales y conservadoras,—y para resumir todo en una sola palabra, americanas. Ahora bien, en estos treinta últimos años, ¿por qué medios se ejercería esta asimilación sobre esas masas tan apretadas que se engolfan en la labor de las grandes ciudades industriales?

Todos estos desembarcados de la víspera pueden muy bien colorarse de americanismo, lo que para ellos significa frecuentemente despojarse del débil residuo de las preocupaciones morales que les quedaban de su vida precedente. Aun aprenden á farfollar el idioma, aunque el mayor número continúa hablando su idioma natal. La prueba de esto la tenemos en los tribunales, donde sin cesar los acusados y los testigos son interrogados por intérpretes.—Pero sería una locura suponer que sus ideas cambien, que sus aspiraciones profundas se modifiquen

y que su alma, en fin, se metamorfosee. Una vez que se encuentran en Estados Unidos siguen siendo los violentos y los desesperados, los mismos que iban sobre el navío donde vinieron, tanto más, cuanto que en este país de su última ilusión han encontrado la misma necesidad de trabajo que en el viejo mundo y una competencia más rigurosa aún. Desembarcaron con todas las disposiciones morales que forman al revolucionario, y han permanecido revolucionarios, dispuestos á seguir á aquellos que han trasportado desde Europa hasta aquí, sus febriles y feroces utopías, su furor de agitación y sus procedimientos de embrigadamiento.

De este modo se explica el súbito desarrollo en esta democracia libre, del socialismo más incompatible con todo el pasado de los Estados Unidos—con todas sus tendencias, con toda su constitución—y que estalla en desórdenes tan formidables como las huelgas recientes de Chicago y de California, en aventuras tan grotescamente siniestras como la formación del ejército de Coxey y su marcha sobre Washington. Viéndolo de cerca no es una guerra social la que anuncian esos episodios, es una guerra de razas.

El verdadero obrero americano—pues que existe—es el hombre que pintaban Mgr. Gibbón y Mgr. Ireland, laborioso, serio, respetuoso para la ley, altivo, sobre todo por la Constitución á la que obedece con orgullo y que no alimenta odio alguno contra el capital. A su lado pulula la inmensa multitud de los obreros de raza extranjera, animados por ideas extrañas, ignorantes de la historia de un país que no representa para ellos sino un último partido que jugar contra la suerte, que no comprenden á este país y diré más, que lo aborrecen con todo el odio de la decepción que han sufrido en él.